

Por otro lado surgen las demás ideas centrales y las demás contradicciones—tan lógicas—del libro. Rubén Darío, que en otro tiempo había sido

muy antiguo y muy moderno, audaz, cosmopolita,

se cansa de tanto cosmopolitismo y de tanta modernidad y, cerca ya de los cuarenta años, próximas aún sus largas estancias en España y su vuelta a la tierra americana, próxima también—no conviene olvidarlo—la catástrofe colonial española del 98, Rubén contempla la enorme pirámide de sus libros, el carrusel inmenso de sus versos, y parece renegar de ellos. Rubén se repliega en sí mismo. Vuelve a los orígenes. La Grecia antigua pasada por la Francia moderna—en rigor, una Grecia de opereta—; los sátiros, la flauta de pan, los jardines con mármoles gentiles; Leda, su cisne y todos los demás cisnes, la mitología estilo Luis XVI..., toda esa deliciosa evocación convencional, muy antigua y muy moderna y casi diríamos que sin edad, le aburren y defraudan. Demasiados mirtos, demasiadas estatuas y jarrones, demasiadas ninfas mirándose en los estanques y demasiadas seringas no tan agrestes como él quería, sino muy de salón, y de salón francés precisamente. Toda esa decoración pintada y estucada le empalaga como acabaría empalagándonos a todos. Y entonces siente latir en sus venas la oscura sangre indiana mezclada con la sangre española espesa, fuerte y ardiente como fuego líquido. El indigenismo americano, nunca exclusivo, sino siempre mezclado con la devoción de las viejas cosas españolas, le grita dentro de sí:

¡Soy un hijo de América; soy un nieto de España!

Y de repente, el cantor de los lagos de azul surcados de cisnes unánimes, el cantor de las desvaídas marquesas y de los clavicordios, el sátiro que persigue a las ninfas entre los mirtos, se arranca de encima toda esa faramalla decorativa y decadente y suelta una voz como un trueno. Anuncia un apocalipsis. El, vieja raza india, vieja raza española, mestizo perfecto y orgulloso, derriba de un manotazo los ídolos modernos y cosmopolitas. Imprec a Roosevelt. Deteneos, les dice a los americanos que amenazan engullirse a la sencilla indiada americana cristianizada y castellanizada por los conquistadores. Ciertamente, reconoce, que

Cuando ellos (los americanos) se estremecen hay un hondo temblor que pasa por las vértebras enormes de los Andes.

Pero no todo es fuerza y materia. Hay un soplo divino que, según Rubén, les falta a los yanquis. Hay un Dios:

*Se necesitaría, Roosevelt, ser Dios mismo,
el Riflero terrible y el fuerte Cazador
para poder tenernos en vuestras férreas garras.*

La derrota española ante el poderío norteamericano, aun muy reciente cuando se escribían los *Cantos de vida y esperanza*, no impresionó a Darío. Para él sería sólo una derrota militar, pero el espíritu no había sido vencido. Seguía dándose la batalla en otros campos, en otros altos y luminosos campos.

Quedan siempre, en el Rubén de estos años, la vida y la esperanza:

*La tierra está preñada de dolor tan profundo (...)
en un pozo de sombra la humanidad se encierra
con los rudos colosos del odio y de la guerra.*

En un raptó cristiano, se le escapa:

¡Oh, señor Jesucristo!, ¿por qué tardas? ¿qué esperas?

Y muy cerca, ya otra vez paganizado:

*Un gran apocalipsis horas futuras llena.
Ya surgirá vuestro Pegaso blanco.*

Y, más literariamente aún, invoca a Don Quijote:

Rey de los hidalgos, señor de los tristes

en unas fervientes y arrebatadas letanías que invocan la pureza, la hidalguía, la generosidad, la verdad, el alma. La españolidad le quema por dentro. De sus dos sangres, es la que prefiere y la que exalta. Español, caballero a la española y católico a la española. No siempre, claro. Y trae a España a Cyrano de Bergerac:

Vienes a la tierra de la caballería.

Y trae al rey Oscar de Suecia. Y dibuja unos primorosos medallones con el perfil de Góngora, de Velázquez, de Goya y de Cervantes. Y dedica poemas a Manuel y Antonio Machado, a Juan Ramón Jiménez, al marqués de Bradomín, a Martínez Sierra y a Mariano de Cavia. España, siempre España en los *Cantos de vida y esperanza* y en todos los poemas del mismo volumen. Torrentes de voz, puñadas en el pecho, ojos inyectados para clamar las grandezas antiguas y futuras de España. Un canto fuerte, poderoso, optimista, lleno de vida

y esperanza. Anuncia un apocalipsis y una epifanía. Es la gran profecía de las razas hispánicas tras la aparatosa interpretación de la mecánica histórica del siglo xx. Es el canto del porvenir. Rubén voltea, furioso, las campanas a rebato. Eh, los continentes, en pie. Las razas, unidas en marcha hacia el porvenir, cantando hacia la luz predicha por las antorchas. Pero después del entusiasmo paroxístico, de la fiebre iluminada que le produce el hallarse en trance de profeta, de médium de una grandiosa revelación para el futuro, cuando invoca al hierro heroico y al fuego arrasador, un instante entrevé la realidad presente y desfallece. Y suspira tenue y blando:

*¿Qué haremos los poetas sino buscar tus lagos?
A falta de laureles, son muy dulces las rosas.*

Es la llamada constante de la sensualidad, el relajamiento de la tensión del luchador y del caudillo espiritual de pueblos y continentes. Pasa el cortejo. Resuenan los claros clarines. Ya viene oro y hierro. Sí, desde luego, la más hermosa sonrío al más fiero de los vencedores. Pero la vida no da para tanto. El poeta es débil; el hombre es flaco. Y

A falta de laureles, son muy dulces las rosas.

Dios. Sí, Dios no está con los cazadores de pueblos. Está con los tiernos indios del trópico, está con los caballeros españoles. Por un momento, está también con Rubén. Rubén es el que dice todo esto. Pero los *Cantos de vida y esperanza*, tan llenos de luz, tan llenos de fe, tan llenos de fuerza y de eso, de Vida y Esperanza, terminan con este contrapunto amargo, tenebroso, lúgubre, siniestro y lleno de mortal tristeza, la eterna tristeza de la poesía:

*Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...
y el espanto seguro de estar mañana muerto
y sufrir por la vida y por la sombra y por*

*lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos,
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
¡y no saber nunca a dónde vamos,
ni de dónde venimos!*

El libro de un poeta no se escribe en un minuto, que es todo lo que dura un solo estado de ánimo. Un libro se escribe día a día durante muchos días. Y en esos días la hiperestesia del poeta percibe demasiadas llamadas de lo oscuro, de lo de delante y de atrás, de lo desconocido y lo ya sabido, de lo confuso, lo contradictorio y lo ma-

tizado. Tiene demasiados reflejos y cambiantes, demasiados estremecimientos de un instante, para que no pueda producirse más bien la selva tropical que el jardín francés. Los *Cantos de vida y esperanza* quieren tener un tono. Pero tienen mil. Quiere sonar en ellos una voz, pero resuenan muchas voces, muchos cánticos, muchos gemidos. En los *Cantos de vida y esperanza*, como en la mayoría de los libros surgidos de una necesidad, hay de todo. Sólo al claroscuro, sólo al tornasol, podremos verlo todo. Si transitamos por la senda más hollada no veremos más que un aspecto del bosque. Pero más allá, los claros del bosque, los prados de un azul tierno, soleados y tibios, los pozos misteriosos, las grutas siniestras, las madrigueras de los monstruos crueles y los nidos de los pájaros más brillantes y libres y canoros, nos esperan también. No se puede escuchar únicamente los gorgoritos del ruiseñor ni el elegante bogar de los cisnes, sino que es fuerza prestar oídos al croar agorero del cuervo y al llanto de la tórtola melancólica según entre todos hemos convenido que lo sea. Toda esta pajarería trina o gime entre el ramaje de esa selva gigante y misteriosa de los *Cantos de vida y esperanza*.

CARLOS MARTÍNEZ-BARBEITO
Monte Esquinza, 37
MADRID